

IV. SCHWENINGER.

Como Karl Groddeck, Ernst Schwenger se reía a carcajadas de las tonterías que eran consideradas como ciencia, pero a diferencia de Karl no se había distinguido en una universidad, ni había escrito un tratado importante; no había hecho nada, salvo curar enfermos. Probablemente autodidacto en gran medida, Schwenger era único.

Al punto se sintió atraído por el joven Groddeck. Lo enseñó a dudar de cualquier supuesto que él mismo no pudiera comprobar personalmente, a poner en duda cualquier curación que no pudiera repetir, a considerar al médico como un simple catalizador que ponía en movimiento procesos curativos. También lo enseñó a considerar perjudicial cualquier droga o recurso que no hiciera bien de una manera susceptible de ser demostrada.

Agresivo, vulgar, áspero, ruidoso, Schwenger ordenaba con frecuencia extraños tratamientos, y el de Otto von Bismark fue típico.

A los 68 años, Bismark se había visto obligado a retirarse a su propiedad en el campo “para restablecer su salud”. Su dieta, a pesar de la indigestión crónica y de una docena de otros síntomas relacionados, no era precisamente la de un inválido. Emil Ludwig, en su biografía de Bismark, describe una comida en la que el canciller enfermo comió “libremente” sopa, anguilas, carne fría, langostinos, langosta, carne ahumada, jamón crudo, carne asada y budín (¡El canciller se quejaba, entre otras cosas, de falta de apetito!). Schwenger fue llamado a consulta y estuvo de acuerdo con otros médicos en que, si no se hacía algo inmediatamente, Bismark no viviría seis meses; estaba irritable y apático, sufría de dolores de cabeza, venas varicosas, insomnio, cólico, hinchazón de las piernas y dolores en la cara. Schwenger aceptó encargarse el paciente, pero no en consulta con otros médicos; no sería responsable sino ante el propio Bismarck.

Ludwig describe el procedimiento:

Hace que el canciller se levante a las ocho de la mañana para hacer ejercicios con pesas; durante todo el día el paciente no debe comer sino arenques. Cuando Bismarck exclama: “¡Usted debe de estar completamente loco!”, Schwenger responde: “Muy bien, Alteza, será mejor que llame a un veterinario.” Dicho esto, Schwenger se va. Este procedimiento establece su poder sobre Bismarck, quien se somete. Ahora el doctor lleva quince días sin abandonar la casa de su paciente. Los alimentos y la bebida, la hora de levantarse y de acostarse, el trabajo y el sueño, son meticulosamente vigilados. Al final de este periodo ha habido una notable mejoría. Schwenger abandona la casa por primera vez. Al punto, el paciente ordena una “triple porción de crema”. Se le produce una violenta gastralgia, seguida de ictericia y partida hacia Friedrichsruh. Allí el doctor vuelve a vigilarlo de cerca y después en Kissingen y Gastein no lo deja solo ni un día. Después de un par de meses, el paciente está prácticamente curado y reconoce que puede volver, rejuvenecido, a la fatiga del trabajo. Dominando en vez de dejarse dominar, Schwenger le salva la vida a Bismarck.¹

¹ Un complemento de la historia de Bismarck es relatado por el Dr. Martin Grotjahn, cuyo padre, Alfred, fue discípulo de Schwenger. Cuando Bismarck se impacientaba por el régimen de Schwenger, el doctor le concedía dos días a la semana para hacer lo que se le antojara. Cuando esto no satisfacía a Bismarck, Schwenger le quitaba uno de los días de indulgencia.

Schweninger casi nunca empleaba drogas, pero sí con frecuencia dietas extrañas. Propugnaba el ejercicio, la hidroterapia y el masaje. No subestimaba la cuarta arma que empleaba, el dominio absoluto, y lo utilizaba conscientemente. Médicos excelentes habían fracasado con Bismarck porque se dejaban intimidar por el paciente. Schweninger no se dejaba intimidar por nadie. Pero en las escuelas de medicina no se fabrican autócratas; le resultaba difícil enseñar su método. Celebraba seminarios frecuentes con sus discípulos y prestaba especial atención a los que consideraba prometedores. Discutían sobre casos y formas de tratamiento, pero una y otra vez resultaba obvio que un médico no podía sólo tener la apariencia de autoridad; tenía que tener esa autoridad.

En el curso de sus estudios, Groddeck y Alfred Grotjahn fueron escogidos por Schweninger por ser verdaderamente prometedores. El gran hombre empezó a pasar con ellos tiempo extra. Esperaba que llegaran a ser sus ayudantes y, llegado el momento, heredaran su clientela.

Además de ser un maestro capaz de inspirar nuevas ideas, el doctor tenía un don realmente notable para el masaje. Sus enormes manos eran fuertes y al mismo tiempo maravillosamente delicadas; con una mano podía cubrir su amplio pecho. Las yemas de sus dedos conocían todos los músculos, tendones y nervios. Ese conocimiento podía ser enseñado y Schweninger preparó en alto grado a los dos que había elegido. A medida que se acercaban al final de su formación universitaria, decidió que debían estar presentes en todas las consultas. Groddeck consideró que la oportunidad era apasionante y fructífera, pero el joven Grotjahn con frecuencia se sentía ofendido por las maneras y el lenguaje de Schweninger.

Un día se presentó una nueva paciente, una condesa de mediana edad, muy cultivada y gentil. Su afección, generalizada en el siglo XIX lo mismo que en el siglo XX, era estreñimiento crónico. Schweninger dedicó un mínimo de tiempo al examen físico. Inclusive interrumpió la descripción que hacía la paciente de previas experiencias con médicos y remedios y empezó a regañar a la dama.

“He oído suficiente”, dijo. “Entiendo perfectamente. Durante años usted ha abusado de su estómago con glotonería. Ha abusado de su intestino con purgas. Ahora viene a verme porque después de tantos años, el culo se le está rebelando. El tratamiento es simple. Me han dicho que tiene usted un precioso jardín. Úselo. Váyase al jardín todas las mañanas y póngase en cuclillas.”

La condesa palideció de la impresión. “¿En el *jardín*?”, susurró.

“En el jardín. Y no vuelva a verme hasta que pueda decirme sinceramente: Doctor, esta semana, todos los días he hecho un lindo montoncito en el jardín.”

La paciente se fue. Pocos minutos después, Grotjahn se fue también. Era demasiado. Difícilmente habría podido hablarle a nadie, y por supuesto no a una condesa, tan crudamente. Estaba seguro de que debía haber otra manera de practicar la medicina, y se fue a aprenderla. Groddeck se quedó con Schweninger, siempre detrás de él, imitando su aspecto, su gesto ceñudo, su seguridad, su masaje delicado o fuerte, su vocabulario pintoresco. ¡Ése era un hombre!

En 1889 se graduó y, como su padre, escribió una tesis; pero su tesis no influyó sobre nadie. Una droga ampliamente utilizada entonces en el tratamiento de enfermedades de la piel era la hidroxilamina. Investigó cuidadosamente las propiedades de la droga. Escribió que su investigación probaba que la droga no tenía ningún valor; era superflua, “y lo que es superfluo en medicina es perjudicial”. La hidroxilamina siguió gozando de la misma popularidad y aun ahora es utilizada en pomadas.

Groddeck recibió entonces la invitación de Schweninger de hacerse su asociado. Pero primero, como pago por su educación gratuita, le debía ocho años de servicios al ejército.

Casi nunca hablaría de este periodo, salvo para advertir que la vida militar le parecía dura y desagradable. No se resignó al ejército; era fuerte otra vez: restricciones, reglamentos y estupideces. En la universidad había visto regularmente a su familia, pero como médico del ejército, muy lejos de su casa, era imposible. A la mitad de su servicio, recibió una larga carta de su madre, donde ésta se lamentaba. ¿La había olvidado tan completamente que no podía escribirle de cuando en cuando? No había recibido ni una carta suya en seis meses.

La carta fue puesta a un lado. Pensaba contestar en cuanto tuviera una hora libre. Algunos días después

fue llamado a su cabecera. Llegó el 20 de septiembre de 1892, para comprobar que era demasiado tarde; su madre estaba inconsciente y murió sin despertar. Como su padre, se había escabullido durante su ausencia. Se sintió herido, pero también tenía un sentimiento de culpa. “Cualquiera que pertenezca a nuestra sociedad civilizada y cuya madre haya muerto”, escribió más tarde, “cree que es culpable de su muerte, lo cree inclusive cuando la madre ha muerto lejos de él.”

No existe ninguna constancia de que hasta entonces Groddeck se haya interesado seriamente por las mujeres. Ya no era un muchacho rígido, con orejas grandes. Era alto y de anchas espaldas, con ojos azules y penetrantes. Aunque en todas las fotografías tiene una mirada fiera y fija, esto puede explicarse por su actitud hacia la fotografía. “Adelante, pues”, eran sus palabras, y se quedaba rígido hasta que la tortura había terminado. Los que lo conocían dicen que sus fotografías no dan indicación de su apariencia real. Las mujeres lo consideraban atractivo e indudablemente a él no le pasaba inadvertida su existencia.

Las amaba con mucha constancia y con mucha inconstancia, ya que recuerdo que durante horas me paseaba por las calles de Berlín con el fin de contemplar a algún ejemplar de femineidad que había visto por casualidad sin llegar a conocerla, pero que ocupaba mis fantasías durante días y semanas. La lista de esos amores soñados es interminable, y hasta hace algunos años aumentaba prácticamente cada día. Mis experiencias eróticas reales no tenían nada que ver con esos amores de mi alma.

Dos años después de la muerte de su madre conoció a Else, su primer amor en serio. Else era casada.

Cuando pienso en mi vida emocional comprendo que, en todos los casos en que intervino mi corazón, irrumpí como un tercero en una amistad ya existente entre dos personas, que siempre separé a la que despertaba mi emoción de la otra y que mi afecto se enfriaba tan pronto como había logrado esto.

A Else ya no le interesaba su marido, un oficial del ejército; sus dos hijos pequeños le tenían miedo al padre y el enamoramiento del joven significó para ella una salida. Su marido estaba dispuesto a concederle el divorcio y cuando Groddeck fue licenciado del ejército y se dirigió al sanatorio de Schweningen en Baden-Baden, ya ella había obtenido su libertad y se había reunido con él.

La nueva familia, que incluía a la hermana de Groddeck, Lina, se instaló en Baden-Baden, donde la principal atracción del sanatorio de Schweningen, el célebre tratamiento contra la obesidad, debía ser administrado por Groddeck. En sí mismo el tratamiento no era extraño: incluía masaje, hidroterapia y una dieta estricta, pero la fama de Schweningen estaba tan difundida que muchos visitantes iban sólo a observar. Uno de los médicos visitantes, un oftalmólogo llamado Hermann Cohn, escribió un trabajo sobre el tratamiento. El profesor Cohn era el padre de Emil Ludwig y, como su hijo, quedó muy impresionado por los métodos de Schweningen.

El éxito de Groddeck en el sanatorio de Schweningen lo llevó a arriesgarse a abrir su propio sanatorio. En 1900 obtuvo Lina como préstamo una pequeña suma de dinero e hizo el pago inicial de una casa de madera en la Werderstrasse en Baden-Baden. La familia se mudó; la casa fue pintada y reamueblada y el tercer piso fue acondicionado con bañeras acondicionadas para baños de aguas minerales. Groddeck consideraba atractivo el lugar; para él, sus defectos eran encantadores. La entrada principal estaba separada de la calle por una zanja, un foso sin agua, y hacía falta un puente de madera para pasar; era éste un toque que fascinaba a Groddeck. Había incluso una torre, completamente inútil, que fue despectivamente descrita por un paciente como “totalmente inútil”.

La casa estaba agradablemente situada en una colina bastante más alta que la calle principal de la ciudad y muchos de los cuartos tenían balcones de madera con vista a la Selva Negra. Desde los balcones podía oírse el murmullo de un arroyuelo que corría más abajo. A Groddeck todo lo de la casa le parecía

maravillosamente sugestivo de Kösen, con la diferencia de que esto era suyo.

Tenía una hipoteca y otras deudas y la responsabilidad de mantener a su familia. Pero no se preocupaba. Todavía se atribuía una capacidad especial para sanar a la gente y esa opinión era fortalecida por la consideración que tenía Schweningen por sus habilidades.

Pronto empezó a tratar algunos casos crónicos y a recibir gente de la ciudad en su consultorio. Su clientela se parecía mucho a la de su padre; el verano era muy ocupado y los inviernos tranquilos. Cumplía fácilmente con sus obligaciones financieras. Tenía la perspectiva de una buena clientela y una excelente oportunidad para descansar y leer durante la temporada de frío. No obstante, empezó a sentirse insatisfecho y aburrido.

Casi desde el principio se sintió decepcionado de su matrimonio. Quizás, como se dijo a sí mismo, sus sentimientos se enfriaban tan pronto como lograba separar a dos personas; de cualquier manera Else no era una mujer ideal. Cuando quedó embarazada se volvió regañona; el embarazo absorbía sus energías de manera que sus dos hijos quedaron casi olvidados. Groddeck, a quien complacía el papel, fue un padre cariñoso para los hijos de Else. Joachim, el hijo, tenía cinco años cuando su madre volvió a casarse; siempre prefirió al padrastro que a su propio padre. Ursula, la menor, ya tenía síntomas patológicos: era demasiado dócil, demasiado buena, temerosa, suspicaz; habría de pasar muchos de sus años de adulta en instituciones para enfermedades mentales.

El sanatorio de Groddeck había estado funcionando durante un año cuando Else dio a luz una niña, Barbara, y se dedicó completamente a la pequeña. Los que no conocían muy bien a la familia suponían con frecuencia que la niña tenía algún defecto. Hasta ese punto eran exageradas las atenciones de Else; cuando Barbara ya era grande, no se atrevía a bajar las escaleras sin prenderse de la mano de su madre.

Para distraerse, según pensaba él, pero quizás más bien para encontrarse, Groddeck empezó a escribir. Se sentía muy solo. “Hay en mi una nostalgia: cuando estoy triste mi corazón llama a gritos a mi madre y ella no está.” ¿Buscaba hacer algo que hubiera complacido a su madre?

Siempre había leído mucho; de niño se había aficionado tanto a Shakespeare que había representado los papeles de los reyes de Shakespeare, especialmente Ricardo III, con una corona de papel y una espada de madera, hasta que su hermano Karl se reía de él por insistir en que Shakespeare había sido alemán. Ahora intentaba escribir, y vendió su primera obra, un relato en serie, al *Frankfurter Zeitung*.

Así, a los 35 años, encontró Groddeck una segunda carrera. La escritura llenaba el tiempo entre unos y otros pacientes y lo ocupaba en las tardes y las largas noches. No se le ocurría que su sensación de vaga intranquilidad pudiera relacionarse con su práctica. Todo parecía marchar bien. Quizás su madre hubiese tenido razón; la medicina era un oficio, la literatura era un arte. Mientras escribía, la inquietud se le olvidaba. El ocio era la amenaza. Cuidó de tener muy poco tiempo ocioso.

IV. “Schweninger”, pp. 29-34, EL PSICOANALISTA PROFANO. Vida y obra de Georg Groddeck, Carl M Grossman y Sylva Grossman, 1ª Edición en español, 1967, Biblioteca de Psicología y Psicoanálisis, Editorial Fondo de Cultura Económica, México.

Volver a publicaciones de y sobre Georg Groddeck

Volver a News 6-ex-60